

Me complace presentar en nuestra colección Euroamericana-Filosofía Española esta obra de Ruescas Juárez dedicada al análisis de la patria divina. Primero, y sobre todo, porque este libro, al menos en su primera y en su tercera parte, continúa una forma literaria que conecta con el aliento más entrañable de nuestra tradición, la semblanza. Se habla mucho de ejemplaridad y se teoriza con acierto acerca de la necesidad de universales concretos. Pero rara vez la pluma del ensayismo español presta suficiente atención a los preclaros antecedentes de nuestro universo intelectual, con la sobria y pertinente intención de resaltar aquellos rasgos que los hacen dignos de distinción, de aprecio y de comprensión general. Ruescas Juárez lo hace en este libro, en el que prosigue la tarea de Fernán Pérez de Guzmán en las *Generaciones y semblanzas* fundadoras de la cultura castellana, y de aquel ilustre y conmovedor escritor, Fernán del Pulgar, en sus *Claros varones de Castilla*. Esta tradición, que como todas las grandes aventuras literarias de la época tuvo su origen en el círculo de Alfonso de Cartagena, y que se inspiraba en el recuerdo del republicanismo romano de Valerio Máximo, tal y como fue mantenido por el secretario del obispo burgalés, Diego Rodríguez de Almela, corresponde a los dichosos tiempos en los que Castilla se esforzaba en ser un pueblo europeo a la altura de los más grandes. Por aquel entonces, el espíritu castellano se permitía la serenidad, la generosidad, la capacidad de juicio y de distinción propias de los pueblos que albergan una elite directora, y frecuentó la sobria y penetrante mirada de la inteligencia capaz de hacerse con un concepto de las realidades propias y las ajenas. Incluso en medio de la mayor tragedia que sufrió este país, la fundación de la Inquisición monárquica, mayor en sí misma y mayor por ser el antecedente de muchas otras igual de profundas, en aquel tiempo de la creación del poder inquisitorial inicuo que mermó para siempre la riqueza intelectual de Castilla y de España, Fernando del Pulgar no perdió la serenidad y recordó para mejores tiempos aquellos claros varones que fueron el ejemplo de cuantos aspiran en estas tierras a la dignidad de la existencia.

De esta vieja raíz brota la escritura de este libro. Mucho tiempo después, y desde la pluma de Ruescas Juárez, brota el mismo espíritu de aquel siglo, que ya entonces marcó la índole permanente de las batallas en España a favor de la inteligencia como forma de existencia que invita a la comprensión de las diferencias y a la convivencia serena entre ellas. El autor de este libro no se ha sentido irritado, importunado o agitado porque tengamos que seguir tras siglos en la misma brecha de esta batalla por reducir la influencia de la patria divinal entre nosotros. La da con la sencillez del que sabe que es una batalla infinita, pero también que se ha de combatir como si no se combatiera, con naturalidad, serenidad, contención, atención y constancia. Y lo hace, y esta es la segunda razón por la que me complace presentar este libro en nuestra colección, porque ha elegido para sus semblanzas a tres autores que encierran, ellos también, la ejemplaridad de los buenos combatientes, aquellos que no destruyen con los aspavientos del combate todo lo que a su alrededor existe de positivo o aceptable. Por haber pasado su existencia bajo esta comprensión de las cosas, se han elevado a la condición de españoles cuya semblanza debe darse a conocer por la ejemplaridad vital que encierra. Son don Américo Castro, don José Jiménez Lozano y don Julio Caro Baroja. Un Fernando del Pulgar presente debía brindarles el ejercicio reflexivo que reconociera la claridad de su existencia. Y eso es lo que hace este libro, que así, con la comprensión del lugar humilde desde el que habla –quien se empeña en este ejercicio ha de saber y ha de aceptar que nunca tendrá otra cosa que un lugar humilde y excéntrico en la cultura española– ofrece un peldaño más en esa tradición de inteligencias críticas serenas, que siempre existió en estas tierras, y que la cultura oficial se empeña en ignorar, siglo tras siglo, con esa insensata preferencia por los apologetas de la patria divinal en su doble dimensión política y religiosa.

La tercera razón por la que me complace presentar este libro es porque la escritura de Ruescas Juárez, como ya el lector puede anticipar, se teje de forma inseparable con ese espíritu de afectuosa distancia, de compleja atención al matiz, de sobria expresión, de natural encadenamiento argumental, de armonía casi perfecta en el juego de los adjetivos, y por eso nos ofrece el placer de esa lectura que es casi conversación y escucha. La escritura de Ruescas Juárez se goza y el lector puede hacer la prueba tan pronto ponga fin a estas prescindibles palabras mías. Se trata de una escritura, y aquí pongo en danza también la segunda parte del libro, el ensayo de clarificación conceptual, y la tercera de *Relaciones*, que puede contenerse en la pincelada breve, como la crónica mínima de la homilía del cardenal Tarancón

tan memorable como posteriormente olvidada, lo mismo que puede expandirse en el despliegue luminoso de un argumento filosófico central, asentado en las sutiles ideas spinozianas, lockeanas y kantianas. La prosa de Ruescas Juárez goza de esa versatilidad, que desde luego alcanza su máxima expresión en la memorable semblanza de un hombre tan secreto como Caro Baroja, que fue un condensado de estratos espirituales tan sorprendente que hacen de él un caso único en nuestra historia intelectual.

Por supuesto, la cuarta razón por la que me complace presentar este libro en nuestra colección es, sencillamente, por la afinidad electiva que siento con su argumento principal. Esta razón, la cuestión de la afinidad intelectual no es la primera, pero siempre es grato encontrar amigos en el tajo y en el campo de labor. Además, no se trata solo de afinidad intelectual, sino también de identificación de los afectos. El lugar notorio que ocupa don Juan de Mairena en los cimientos de este libro es suficiente para aludir a lo que quiero decir. La cita de Machado me parece el núcleo de este libro. Se trata de emprender una «profunda investigación» acerca de las creencias últimas, porque «todos creemos en algo» y eso explica «el sentido total de nuestra conducta». El día que esta empresa, que es la de una verdadera Ilustración, se haya generalizado entre la ciudadanía española, este país quedará redimido. Pues la cuestión decisiva es que aquí, entre nuestro público, parece que creer sea solo el monopolio de aquellos que solo tiene ojos para la patria divinal. Y este monopolio de la creencia es la manera en que se ha desactivado entre nuestra generalidad de gente la exigencia de una creencia a la que alude Machado. La religión política que ha dominado este país en su historia parece haber impuesto una *forma* de creer que avasalla con su exceso de fuerza y que expropia a los demás de la forma de vida asentada en ese firme creer en algo. Se trata de una forma de creer en la que la fe resulta proporcional al poder que se tiene. Así la fe es sobre todo un escudo defensivo o un arma ofensiva. Esta síntesis de fe y poder deja un pueblo condenado a la sumisión y a la obediencia. Nunca se asoció fe a libertad personal. El fruto más hermoso de la modernidad, que en este libro queda expuesto en el Ensayo, consistió en vincular la libertad a la necesidad de definir una creencia personal y en lograr esa libertad de conciencia justo en la posibilidad de separar al singular, y a las comunidades que pueda formar con su creencia, del yugo monolítico de la religión política.

Por eso la tesis más fuerte de este libro queda recogida en aquel pasaje central de Américo Castro, alojado en el prólogo al libro *De la edad conflictiva*, en el que se nos dice que la «soldadura de la religión con la política»

dominante en España se ha erigido «para daño de ambas». Pensar esta tesis es el objetivo de este libro, pues esa frase encierra el secreto de España. De entrada, fue daño de la religión, que siempre se consideró una forma de poder; y daño de la política, que siempre se entendió como una forma de la religión, y de ortodoxia prietas las filas, que solo permitía el paso a los igualmente fanatizados por vínculos sacramentados. Hasta nosotros llegan los ecos de las últimas manifestaciones de esa confusión, por un lado y por otro del espectro político, por un lado y por el otro del espectro religioso, siempre aludiendo a la conquista de los cielos, a todo un amplio abanico de síntesis de milicia y religión, que impone esos oscuros ambientes donde el espíritu conspiratorio celebra sus orgías sectarias. Pero con todo ello la frase no queda explicada como se merece. Que la religión ha sido una forma de poder mundano, una política de intereses, una administración corporativa de los bienes de la tierra, una apropiación de oportunidades y competencias mundanas, es una convicción convergente de estos tres autores cuya semblanza se nos ofrece en estas páginas. Las consecuencias de esta comprensión no solo han bloqueado la posibilidad de una sociedad justa y abierta. También han impedido la existencia de un poder político capaz de representar y hacer respetar los intereses colectivos que se concitan en la expresión «res publica». Ese poder se cobró su exclusivo gozo de los bienes de la tierra pagando a su pueblo con el dinero pequeño de la pertenencia ilusoria pasiva a la fe de los dominadores. Así se llegó a este resultado, claramente expuesto por Castro, de «un Estado [eclesiástico] dentro del Estado secular».

Pero cuando se contempla esta imbricación en su dialéctica histórica real, lo que se descubre verdaderamente es que esa comprensión de la Iglesia ha debilitado al Estado de un modo tal que se ha generado el círculo vicioso por el que la alta jerarquía de la Iglesia se convirtió a la vez en el agente que oprimía al Estado y que al mismo tiempo constituía el fortín que le prometía su defensa. Este punto es el central, el que se debe apreciar bien. La alta jerarquía eclesiástica en cada momento de la acción histórica –y en cierto modo en alianza con las posiciones de poder de las demás élites privilegiadas–, se cobró muy alto el precio de proteger al Estado, que así resultaba cada vez más débil y dependiente de esa misma protección. Cuanto más débil era el Estado, más necesitaba de la protección divina, y conforme esta se imponía, más la Iglesia se convertía en un dispositivo de poder y de control de poblaciones en la sumisión y en la obediencia. El aparejo de la patria divina se fue imponiendo poco a poco en nuestra historia, se fortaleció hasta extremos asfixiantes y determinó la debilidad de

los elementos que se estaban abrazando entre sí para no caer en el vacío de la falta de suelo que implica un pueblo sin creencias propias, forjadas en su seno. Pues ningún Estado que se preciase habría entrado en este juego de paulatina debilidad, ni ninguna Iglesia dotada de la fortaleza de la santidad se habría entregado a ese afán de poder desmedido.

Esta situación fue la consecuencia de un país cuya forma religiosa y cuya comprensión política estaban atravesadas por la forma oriental del despotismo político y de homogeneidad religiosa propias del califato. Esa es la intuición más básica de Américo Castro. Ahora bien, lo que hace soportable por parte de la *umma* ese despotismo oriental no es otra cosa que la garantía de paz y protección popular que promueve, una administración fiscal no abusiva, y esa capacidad de entregar la vida cotidiana de las poblaciones humildes a un libre vivir, lejos de las sanguinarias escenas de la corte califal. Por eso, las poblaciones andalusíes se escindieron entre los sencillos y humildes, entregados a una religión simple, ritual y profundamente ética, capaz de promover una vida campesina económica y familiar solvente y una vida urbana dotada de un comercio ágil, por un lado, y unas elites políticas instaladas en la legitimidad religiosa de una imponente burocracia de cadíes, pero basada siempre en la supremacía militar instalada en la jungla de una lucha cortesana cruel y terrible, que imponía un miedo adicional a esas humildes poblaciones.

Esta estructura sistemática, aquí excesivamente reducida, se alteró profundamente, y esa es la intuición básica de Jiménez Lozano, cuando el mismo modelo, ahora imitado por las elites cristianas, tuvo que aplicarse en una guerra continua contra el enemigo musulmán. Entonces dejó de estar orientado hacia la protección de sociedades homogéneas, para orientarse a la conquista expansiva y a la posterior administración de sociedades heterogéneas. Esa mimesis fue mucho más fuerte que todos los intentos de importar el espíritu corporativo de la Europa medieval que organizaba obispados y ciudades, gremios y profesiones. La mayor implantación de ese espíritu corporativo en Navarra y la corona de Aragón acabó poco a poco neutralizada frente a la capacidad militar de estas elites castellanas miméticas de la gloria de al Ándalus. Sin embargo, incapaz de estabilizar los órdenes de la vida cotidiana, la economía popular campesina y urbana, y de configurar un pueblo laborioso como el morisco o el sefardita, entre esas elites y las capas populares se dio la mezcla de odio, miedo y desprecio de la que habla don Américo. Entonces la ortodoxia fue el principio de la superioridad, el fundamento ordenador de la sociedad y se convirtió en el alibí del dominio y de la riqueza que no se sabía producir. Si don

Américo hubiera estudiado las realidades del poder andalusí, y no solo las expresiones del vivir en la morada hispánica de las tres castas, habría ofrecido evidencias de ese mimetismo histórico, que él sentenció con la breve cláusula de orientalismo hispano o de la «tradición semítica», pero que en el fondo es el sencillo proceso de mimesis de las formas de prestigio del poder peninsular musulmán durante toda la Edad Media, eso que se ha llamado «los enemigos en el espejo».

Esta religión de poder identifica el catolicismo del que Jiménez Lozano quiere separarse, en un proceso de mimesis que es mucho más complejo que el que las elites religiosas y políticas llevaron a cabo respecto de las formas del poder musulmán. No es un azar que dentro de esas mimesis Jiménez Lozano incorporara la de los mudejarillos y judíos, dotados de una religiosidad familiar entregada a producir consuelo y la fortaleza ante el destino. También amplió la mimesis para integrar a aquellos cristianos que, cansados de pelear por definir un Estado capaz de atender a las necesidades de gobierno y libertad, y no solo a las exigencias del poder concentrado de sus reyes, transformaron sus aspiraciones religiosas de construir una comunidad nueva orgánica para convertirlas en una forma religiosa íntima, como fue la propia del jansenismo francés, una metamorfosis del mundo hugonote. Finalmente, Jiménez Lozano supo ver que esa era la aspiración final de un Concilio Vaticano II, que por fin interiorizaba las verdades de la Ilustración, y así se convirtió en un católico capaz de dirigir su ironía y sus cautelas contra sus correligionarios anclados en el catolicismo militante, pero que movió los resortes de su pluma para fortalecer esa evolución hacia una distinción radical entre religión y política, capaz de secularizar la creencia y de hacerla de nuevo parte de la vida cotidiana. Y traer esta semblanza a la memoria, con todas sus debilidades, es decisivo para mostrar las complejidades del mundo que llevó a la Transición, y para explicar por qué ha sido abandonado por muchos más actores de los que se suelen visibilizar. Y es que a veces la socarronería y la matizada apologética, que a menudo es el estilo de Jiménez Lozano, no es la mejor arma para estabilizar procesos de Ilustración, aunque sea eficaz para conservarla.

El cristianismo, cuando tiene un fuerte sentido existencial, no es propiamente de naturaleza sacramental, sino de naturaleza mítica y esta es del todo incompatible con el dogma, pues todo mito requiere la variación personal que ancla en el aparato psíquico y le ofrece su orden y consuelo. Sin embargo, cuando el dogma cristiano fundamentalmente se impone desde el aparato político, no solo disminuye la fuerza sacramental propia, debilitando ese *sacramentum societatis* que vemos en otros países católicos, sino